

Libros

LA CUESTION AGRARIA ESPAÑOLA

Con el título «**La cuestión agraria en la España contemporánea**» (1), la Editorial Cuadernos para el Diálogo ha publicado una serie de ponencias presentadas en el VI Coloquio de la Universidad de Pau el verano pasado, en torno a una temática tan compleja como es la España rural en el amplio período comprendido entre la crisis del antiguo régimen y la de los años 30.

La edición de estos trabajos, un total de 14 que corresponden a 17 autores, entre los que figuran especialistas de prestigio (Elorza, Anes, R. de la Heras), ha sido realizada por el **profesor García Delgado**, que contribuye personalmente con el comentario a un interesante estudio sobre el papel de la agricultura en el desarrollo capitalista español, con el que cierra el volumen.

Nos encontramos ante una obra esencialmente fragmentaria, cuya lectura nos ofrece, desde distintos enfoques y perspectivas, diversas facetas de la cuestión agraria; algunas tan específicas y aparentemente marginales como puedan ser el tratamiento de las revueltas campesinas en la literatura —ponencia de los franceses Brey y Forgues—, o la figura del patriarca ilustrado en las novelas de Pereda —tema desarrollado por Le Bouill—; y otras más genéricas, como la crisis de subsistencias y agitación campesina en la España de la ilustración, que aborda Gonzalo Anes.

En contra de lo que una aproximación superficial al libro puede hacer suponer, «La cuestión...» no es catalogable como una colección más de esas monografías que abruman al lector con montañas de datos, cifras y alardes estadísticos que, la mayo-

ría de las veces, no contribuyen a desvelar el significado de los hechos, limitándose a sancionar tesis más que probadas.

En este sentido, la aportación más válida de «La cuestión...» es el planteamiento que hace de lo agrario, no como un fenómeno aislado del contexto en el que se inscribe, sino como una realidad intencionada con él. Este planteamiento es precisamente el nexo que dota de la coherencia y unidad al conjunto de los capítulos que integran el libro.

«Lo que hace falta es investigar las tendencias básicas que obran bajo la superficie de los fenómenos, determinándolos. Se trata de ver, en tanto que fenómeno parcial de un proceso total, todas las cuestiones particulares de la cuestión agraria». Estas palabras de Karl Kautsky reflejan fielmente el espíritu que presidió los debates del Seminario de Estudios de la Universidad de Pau: la convicción de que la problemática de la historia agraria alcanza su pleno valor al ponerla en contacto con otros dominios de la Historia y de que es necesario poner en interconexión todas las historias sectoriales y derribar compartimentos estancos.

Sin ánimo de constituirse como «escuela», los autores que participaron en los Coloquios de Pau, cuyos trabajos se recogen en «La cuestión...», comparten un criterio «revisionista», tanto en lo que se refiere a una clarificación semántica de la terminología instrumental como en el punto concreto del concepto hasta ahora utilizado de «Historia Contemporánea», así como de la periodización histórica al uso. Si bien las ponencias que aparecen en «La cuestión...» no cubren el extenso campo de estudio que abarca la temática propuesta, pueden considerarse como primera fase de una nueva y larga etapa, abierta a más vastas aportaciones, orientada a «precisar con apoyatura y objetividad científica la dinámica de transformación de España y sus países», tal como apunta Tuñón de Lara en su introducción al libro que comentamos.

Los distintos estudios que integran

«La cuestión...» se agrupan en torno a cuatro núcleos diferenciados. En primer lugar, la agricultura como sector económico condicionante. Gonzalo Anes desarrolla las consecuencias del crecimiento demográfico y económico que experimentó España en el XVIII; la subida de precios agrícolas, la revalorización de la tierra y la crisis de subsistencias, desencadenantes de conflictos campesinos, como el conocido motín contra Esquilache.

En este mismo apartado, González Portilla estudia la canalización del ahorro generado en la agricultura hacia inversiones en la Deuda Pública, así como las implicaciones de la política fiscal en la crisis agrícola.

A continuación, se abordan diversas manifestaciones de la actividad sindical en el campo español: organizaciones patronales, sindicalismo agrario asturiano y orígenes del catolicismo social. La actividad del PSOE en Alcalá de los Gazules y Grazalema, que detalladamente reconstruye Santiago Castillo, ejemplariza el fracaso del socialismo en su incidencia campesina.

La actitud de políticos e intelectuales ante la cuestión agraria, es el objeto del tercer capítulo, del cual es, sin duda, la parte más interesante la dedicada a las campañas de los intelectuales en los campos salmantinos. Unamuno, Elorrieta, Sánchez Rojas... y otros catedráticos y profesores de la Universidad asumen su misión de concienciar al pueblo y guiar las inquietudes que cada vez se expresan más violentamente. Pero su labor como educadores de muchedumbres, teorizantes de un sindicalismo apolítico, es una iniciativa frustrada que no logra encauzar el movimiento campesino.

La problemática agrícola peculiar de dos Países, el Valenciano y el Vasco; la sustitución de unas relaciones de producción de tipo feudal por otras de tipo capitalista en el País Valenciano; y la utilización del ruralismo idealizado como arma política por el nacionalismo vasco, son los temas más ampliamente desarrollados del último capítulo.

(1) García Delgado, José Luis: «**La cuestión agraria en la España Contemporánea**». Universidad de Pau, Centro de Investigaciones Hispánicas. VI Coloquio del Seminario de Estudios de los siglos XIX y XX. Editorial Cuadernos para el Diálogo (Colección ITS). Madrid, 1976.

Sin aparente relación con los textos anteriores, el profesor García Delgado pone punto final al libro con un extenso comentario sobre «La agricultura en el desarrollo capitalista español, 1940 - 70», obra de J. M. Naredo y otros autores, aparecida en diciembre del 75.

Las coordenadas en las que se sitúa la cuestión agraria en este comentario abarcan una nueva etapa en la Historia, en la que va a producirse el paso de una economía natural agraria a una economía agraria de tipo industrial. Transición que, de hecho, todavía no ha culminado.

Ciñéndonos a la reseña que hace García Delgado sobre la obra de Naredo, Leal, Leguina y Tarrafeta, señalamos la contribución de ésta a desautorizar uno de los tópicos más característicos de nuestra historia: la idea de que la agricultura ha frenado el desarrollo industrial.

El modelo teórico que los citados autores han elaborado acerca de las funciones que el sector agrario desempeña con relación al desarrollo industrial, aplicado al caso español prueba la falsedad de tal afirmación, ya que el «campo» ha sido en estas últimas décadas la principal fuente de recursos de la industria, al margen —claro está— de la inversión extranjera, turismo y remesas de emigrantes.

Los excedentes económicos que genera el sector agrícola en los años 40, el ahorro de los agricultores y, sobre todo, los grandes beneficios que la política de precios proporciona a los grandes empresarios agrícolas, son transferidos a lo largo de estos

años y siguientes al sector industrial. Asimismo, la población agrícola se convierte, por una parte, en reserva de mano de obra para la industria, alimentando una oferta de trabajo que alivia la presión de posibles conflictos laborales; por otra parte, en mercado potencial de los productos de esa industria naciente.

Así pues, el trasvase de capital y recursos de un sector a otro durante los últimos años va a propiciar el tránsito desde la economía natural agraria —la agricultura es el sector de mayor peso específico— a una economía agraria de carácter industrial. En este estadio, la agricultura se convierte en importadora de capital, invirtiéndose el proceso anterior, y su papel en el conjunto de la actividad económica se reduce a abastecer la demanda de productos agrarios y ampliar el mercado interior. ■

BEL CARRASCO.

EL PENSAMIENTO NACIONALISTA VASCO

Una nueva tesis doctoral que considerar entre aquellas que de un modo u otro nos hablan del País Vasco. Si el hecho de tratarse de una tesis doctoral con cierta frecuencia no indica de por sí gran cosa sobre la calidad de un trabajo (pues la realización de las tesis se inserta en un sistema de «meritocracia» donde éstas se han convertido en un trámite cuando no en obstáculo burocrático para acceder a determinadas situaciones laborales), sí proporciona por el contrario, en otras ocasiones, noticia de un importante grado de interés en la comprensión del tema por parte del autor y de su intento de hacer cuando menos una obra sólidamente documentada. La tesis de **Juan José Solozabal**, cuya versión aligerada se ha publicado con el título «**El primer nacionalismo vasco**», pertenece a este segundo grupo de trabajos.

El estudio arranca tras una introducción en la que se nos ofrece un resumen de lo que van a ser cada uno de los capítulos siguientes, con la consideración del tema nación-nacionalismo - conciencia nacional, y en él trata de ofrecer un marco de referen-

cia teórico para la comprensión de la problemática del nacionalismo. Es éste el capítulo más flojo de la obra, pues el considerar el nacionalismo como «un estado de espíritu de la gran mayoría de un pueblo», no ofrece mucha capacidad operativa para la clarificación de un caso concreto, pues con ello parece diluirse en abstracto el proceso de modificación del nacionalismo y la existencia de nacionalismos - señoriales, nacionalismos - burgueses, nacionalismos - campesinos..., cada uno de ellos con unos intereses de clases bien diferenciados. Todo historiador de estos temas ve movilizarse cada clase, tanto por sus intereses cultural - nacionales, como por los intereses específicos de la clase social correspondiente, lo cual, a su vez, permite una mayor clarificación en el estudio de los planteamientos nacionalistas, que si se parte del nacionalismo como un concepto unitario.

De un modo u otro, Juan José Solozabal se hace consciente de esta necesidad, pues al hablarnos de la capacidad sugeridora de los trabajos de Pierre Vilar, nos dice: «Se necesitaba para que surgiera la conciencia nacional, la voluntad política de nación, hechos diferenciales, forjados históricamente, y presentados como acreedores de relevancia política por **una determinada clase social, la hegemónica**, en una coyuntura apropiada» (el subrayado es nuestro).

Tras la introducción y este primer capítulo dedicados a consideraciones que podríamos calificar de tipo general, el autor entra propiamente en el tema, que será desarrollado a lo largo de cuatro capítulos: dos de ellos, obligados por la aceptación de las sugerencias de Pierre Vilar que acabamos de mencionar, son los que tratan de la plataforma económica del industrialismo vasco y de las consecuencias del impacto industrial vasco; los dos capítulos siguientes se sitúan en un nivel diferente, estando dedicados a los fueros y sus crisis, y al análisis del planteamiento de Sabino Arana, figura preeminente de cierto tipo de planteamiento nacionalista, respectivamente.

El tema de la industrialización vasca y sus efectos era un tema que ya había sido tratado por Juan Pablo Fusi, y cuya importancia para la comprensión del primer nacionalismo vasco fue puesta de relieve por

